

"ANDAR, MIRAR, HACER"

Soy escultor desde 1974. Antes era pintor, o por lo menos tenía ganas de dedicar mi vida a la pintura. En aquella época, trabajaba el yeso o la cera para hacer esculturas de bronce. Técnica muy alejada de lo que hago actualmente. Pero mirando con más cuidado, me di cuenta de que los temas aparecidos en aquel momento resurgían hoy.

Las primeras esculturas se llamaban Crisálida, el hombre del Viento, o Adam el "Glébeux" (afecto a la gleba), como lo llama André Chouraqui. Calificar a su vecino de pueblerino es sin duda un cumplido que se ignora.

Fue en Gironda y en las Landas dónde aprendí a mirar el mundo. Un abuelo leñador me servía de guía. Como casi todos los niños, recogía maderas flotadas, plumas, chapuzas, pues... No hay nada muy original en este ademán que está a la base del descubrimiento y del conocimiento, así como un poco más tarde cuando curtía las pieles de los conejos o de los corderos que comíamos en Pascua.

Curiosidad de conservar esas pieles seguramente provocada por mis primeras lecturas sobre los Esquimales. Se volvieron "Inuits" mucho más tarde.

Mi paisaje original se extiende sobre un triángulo que tiene un lado formado por una larguísima y muy recta franja de arena que para el océano. La orilla izquierda de la Gironda forma el otro lado. Orilla pantanosa, de acceso difícil y que bulle de vida. Estas dos líneas se encuentran al norte en la punta de Graves. Los "graves" siendo las gravas que hacen la fama de la tierra del Medoc y de Burdeos. La cadena de los Pirineos forma la base. Lugar que se encontraba a la punta del mundo en mi imaginación de niño.

La selva de las Landas ocupa casi exclusivamente este espacio, puntuado por grandes lagos y surcado por riachuelos de truchas. Toda esta agua da a este paisaje un aire de tundra dónde los pantanos son lugares de pastos obligados de grandes migraciones de pájaros. Para más detalles, consultar la documentación turística-gastonomía del suroeste.

¿Será para encontrar de nuevo estos grandes espacios que voy andando solo o con mi compañera? En realidad somos paseantes, paseantes ociosos. Nada que ver con las excursiones en grupo, organizadas. "Randonneur" (excursionista) viene de "randon", vieja palabra francesa que significa cansancio, agotamiento. Correr "à randon" es correr hasta el agotamiento, "randir" es moverse con ardor e ímpetu. Hay en estos términos una urgencia en andar, una impaciencia en estar en otra parte que es lo contrario del paseo (Jacques Lacarrière).

En realidad paseo ociosamente y recojo.

Por otra parte, estudié en la Escuela Boule. Lo que me dio una formación de artesano del arte. Estos artesanos que conservan un fondo viejo de "compagnonnage" (gremio de obreros en Francia, y tiempo que duraba la condición de oficial en un oficio). Institución que pedía a a sus socios que caminaran por las carreteras de Francia y Navarra para aprender.

Quizá aquella enseñanza me inculcara involuntariamente una pequeña dosis de aquellos antiguos usos. Lo cierto es que el andar ocupa una parte importante en mi trabajo de escultor. Instalarse en el tiempo de la caminata, escoger un tema, por ejemplo "Del mar al Océano", paseo que, a razón de 20 a 25 kilómetros al día, nos llevó del Mediterráneo al Océano Atlántico.

Definir una línea de camino, trazarla en el mapa y mantenerla lo más posible, pero de manera suave a merced de las paradas posibles. Me ilusiona que este paseo pare de manera natural a orillas del Océano.

Durante las charlas que llamamos un poco de broma las conversaciones de Fécamp, concluimos que la orilla primera línea, primer dibujo que invita a la caminata, nos aparecía como el lugar arquetípico de arte geopoético. Con su corolario.

El mapa.

Los indios Huitcholes o Wiraika bajan de la Sierra Madre occidental en el estado de Jalisco hacia los alrededores de la ciudad de Tepic en el Nayarit para celebrar o para validar ritos religiosos o profanos, como el casamiento, que sólo toman su sentido al contacto del Océano Pacífico, lugar simbólico de salida y vuelta a la fuente.

Otra vez puede ser la travesía de las altas mesetas del centro de Francia. De Saint-Guilhem le Désert a la cadena de los Puys. De la meseta del cabo del mundo al valle del "sans souci". No invento nada. En este caso, el último volcán de la cadena de los Puys descubriendo la llanura de la Limagne significa el término del viaje.

También hubo viajes-paseos por México por el desierto de Sonora, más particularmente por el desierto "Pinacate", esta larga superficie de lava negra dónde crecen una minúscula hierba roja y claro los famosos cactus "carctere", primos de los saguaros de Arizona. Una colina en forma de toldo de circo y es el Acrópolis de los indios papagos. Ese lugar lo más inhóspito y caluroso del planeta con el desierto de Libia, sirvió de terreno de entrenamiento para los americanos que anduvieron sobre la luna.

"Los grandes viajes" permiten sentir físicamente lo que hace la riqueza de la tierra, lo múltiplo, lo diferente, lo diverso. Esta experiencia de la diversidad, esta calidad de emoción, los encuentro también en mis paseos por Francia.

Hace poco les decía que paseo ociosamente y que recojo. Recoger, coger cosas abandonadas. Coger lo que ha sido abandonado, olvidado. Plumas, esqueletos de pájaros, insectos, madera flotada o doblada, modelada por la fuerza del viento. Han dejado su primera función, su

papel en el ciclo de lo vivo. Puestos inertes en la tierra, se vuelven señales, huellas. El pensamiento animista puede colocarlos en la categoría de los hierofanías. Los Lapones, los Sam tendría que decir, hablan de Sehites y, sin tocarlos, sin moverlos, los riden un culto o por lo menos los saludan cuando topan con ellos. Para mí se vuelven un alfabeto, el alfabeto telúrico.

Poco importa la belleza del hallazgo, la sencillez del objeto descubierto dice el mundo tanto como la pieza excepcional.

Tal como esa pequeña oca que lleva el nombre de "Bernache Gravant", encontrada un día de invierno en su lugar de pastos en la desembocadura del orgulloso Ars-en-Ré. Pequeño esqueleto que me pone en seguida en relación con su viaje anual de 12 000 kilómetros para pasar el invierno bajo un cielo más suave que su Siberia natal. Me habla también del país de los Chamanes, Yakouts, Tongouses y otros Nenetz con los cuales comparte puntos comunes. Conocen los tres reinos de la existencia: la tierra, el agua y los aires.

Me habla también de aquellos pueblos cazadores, nómadas que seguían los rebaños de renos al ritmo del deshielo de los hielos y que abandonaron un día Dordoña para formar lo que nombramos hoy las civilizaciones paleo-árticas.

Esa pequeña señal tiene un inmenso poder de evocación.

Otros serán más modestos, otros demasiado fuertes para mí. Menos mal. Menos bien.

¿Entienden ustedes la emoción del hallazgo, cosita que para mi marcha y provoca mi creatividad?

Recoger o simplemente contemplar. Todo el arte del discernimiento está aquí.

Elegir conscientemente, pues la escultura se elabora aquí y ahora.

Las seis de la mañana, en el fondo de un torrente entre dos paredes de rocas y árboles musgosos, el azul de tinta supera lo negro. La brusca caída de la temperatura, sin provocar la escarcha, cubre la tierra de rocío el tiempo del pasaje entre la dulzura de la noche y el calor del amanecer. Hasta el ruido del torrente no sosiega.

Me encuentro en la fuente de una antigua experiencia: escuchar la tierra.

Este estado de receptividad provocado por la tierra misma puede vivirse en otros lugares.

En aquellos momentos comprendo o más bien aprehendo cómo la potencia de la tierra engendró cuentos y leyendas.

Esa eterna fuerza telúrica fue fuente de creaciones, de culturas. Como creador contemporáneo es en esa fuente dónde bebo.

Para decir el mundo, para hablar de su inmensidad, sólo puedo utilizar fragmentos que junto, agrupo, aparejo. Aparejador, he aquí mi oficio. Aunque no sea un compañero trazador y picapedrero. De broma, puedo hacer más complicado. Puedo darme el título de Agrimensor Aparejador de "Kratophanie Chthonienne" (andador y alzador).

Es mucho, pues quedarse quieto.

Este trabajo de aparejador que empieza en la orilla del camino, por una visualización espontánea de una escultura acabada, realizada, viable, se continua en el taller.

Y entonces, hay que dar un nuevo aliento a estos elementos.

Juntarlos de tal manera que vuelven a tomar un sentido más importante o por lo menos más denso que el que tenían en la orilla del camino.

Densificar para poder transmitir, para dar que ver.

Hacer de tal manera que estos elementos dedicados al ciclo natural de la desaparición estén puestos de nuevo en el ciclo de lo vivo por la magia de la nueva creación, ya que transportan pensamiento.

He aquí lo que entiendo por densificar.

Quizá fuera el buen ejemplo el bonsai, que no es un arbolito sino un árbol densificado. Claro hay en el trabajo de taller un segundo tiempo, un segundo descubrimiento. Nada queda fijo. La mirada debe continuar siendo fluida, en alerta. Pues la creación espontánea de la orilla del camino, la primera escultura, va por si misma a imponer variaciones, una serie de declinaciones.

La primera lectura abre un campo de posibles.

Siempre es un momento apasionante, un verdadero placer al fabricar mis esculturas.

Este trabajo manual es el tiempo de la tranquilidad de la reflexión. Lo que no quiere decir que todo resulta fácil. Pero finalmente fabricar es jubiloso.

La mirada es aparejadora pero hace falta que eso se mantenga.

La unión de los diferentes elementos de la escultura se hace de manera clásica, utilizando cola, cordel, espigas, mortajas, rafia, soldadura si es necesario, etc.

Pero la materia que más uso para mis ataduras es el plexiglas o el altuglas. Pues busco los lazos lo más invisibles posible. Como el aire o el agua unen, separan o mantienen a distancia las cosas y los seres.

Entonces de momento los materiales plásticos transparentes que permiten crear la ilusión de un espacio neutro, de un vacío, tienen mi preferencia.

Discreción y relativa solidez son sus principales virtudes.

Los otros lazos que pueden ser estéticamente más hermosos como el rafia, el cuero, son a menudo más conocidos del punto de vista de los objetos, de las creaciones de los pueblos dichos "arcáicos" o "primitivos".

Ya resulta muy difícil utilizar una pluma sin estar comparado a un folklorista de "western" mientras que este objeto sencillo es el más apto para hablar del pájaro, del aire, del viento y del viaje. Hasta evoca la escritura.

Los Huitcholes van aún más lejos. Dicen que en las "Muwieri", los cetros sacerdotales del "Mara'Akamé" (chaman que conoce y dirige las ceremonias del peyolt) están atadas plumas de pájaros sagrados (halcón, águila y gavián). Los dibujos que se encuentran en estas plumas representan las leyes y las doctrinas de los antepasados. Me alegra que su historia esté inscrita en el objeto mismo que sirvió para escribir durante tanto tiempo.

Utilizo también esqueletos. Esqueletos de pájaros muchas veces. Imagen fuerte puesta en el suelo.

Topar con esta señal andando no puede dejar indiferente.

El primer reflejo del espectador es hablar de morbosidad. Refuto esa interpretación simplista (pronto nuestra civilización tendrá miedo de su sombra).

Los huesos son elementos duraderos, la estructura menos perecedera, la estructura portadora de vida que resiste muchísimo tiempo a la erosión.

Las civilizaciones paleo-articas, como también todos los pueblos cazadores, consideran la osamenta como símbolo de renacimiento, de renovación.

Utilizo estos huesos como un paleontólogo que no tiene ganas ni tiempo de esperar que la especie haya desaparecido para que le cuente una historia.

Eso nos lleva a este aire de parentesco, esta convivencia con las culturas amerindias, inuits o aborígenes de Australia. No se trata en absoluto de copia o de simulacro.

En cambio, puede tratarse de citación conciente para con una cultura respetada. Esta analogía proviene sobretodo del hecho de que bebemos en la misma fuente, en el mismo alfabeto telúrico.

En el texto de Peter Sutton, "El gran sueño una visión australiana del mundo", publicado en los Cuadernos n°2 de Geopo y retomado por Ken en "La meseta del albatros", que cuenta la historia de aquel joven aborigen que se va a pescar con su padre y que deja por el suelo su jabalina. Eso produce una huella, un surco. El padre le para y le explica: "Hacer una huella o

cavar sin motivo es dañar los huesos de la gente que siempre vivió en aquella tierra". Sólo hay que cavar o hacer huellas cuando tenemos hambre o celebramos una ceremonia.

Esta relación al mundo, la relaciono con lo que decía el abuelo de Pierre Jakez Elias en el "Cheval d'orgueil" (caballo de orgullo).

Aquellos campesinos bretones, una o dos veces al año tomaban un día de descanso a orillas del mar. Los niños jugaban en el agua con guijarros, cangrejos, etc.

Pero en el momento de volver a casa, los adultos les pedían que volvieran a colocar lo que habían cogido para jugar, allí dónde los habían encontrado. Pues no tenían razón ninguna para molestar el orden del mundo.

No quiero decir que los bretones son animistas sino que veo una correlación en esta actitud frente al mundo.

Las culturas animistas piensan el mundo como algo acabado que hay que mantener siempre en estado con ritos y ceremonias que vuelven a actualizar su creación por los antepasados míticos.

Aunque científicamente erróneo, ese pensamiento parece más adaptado a la duración de una vida humana.

En 40 o 70 años, el mundo se renovaba poco y la evolución de las especies no se medía. Este pensamiento les obligaba a una vigilancia más grande, a un respeto más grande de la tierra.

Este pensamiento, liberado de toda religiosidad, de toda químera a la existencia de una edad de oro, me parece un buen terreno de búsqueda o de reflexión.

La gran suerte de vivir hoy, es precisamente poder ir a encontrar a todas las culturas y no ir a conquistarlas.

Siento en su arte una sapiencia terrícola en acuerdo con lo exterior, con el mundo que muchas veces fue ocultado, minimizado, hasta bromeado aquí.

Me ayudaron a exteriorizar lo que presentía y que numerosas lecturas sobre la etnología, las visitas al "Museo del Hombre", al "Jardin de las Plantas", mi primer viaje a México en 1986 y todas mis caminatas habían venido a apoyar.

Este trabajo de nuevo descubrimiento, me costó mucho tiempo para comprender que había empezado de manera natural e inconciente desde la infancia. Luego, continuado como un hobby, una costumbre en la edad adulta. Para que por fin eso se haga un ademán inconciente, el fundamento mismo de mi escultura.

YANNICK FRANCOIS

